

# Hijos de las promesas de Dios

---

Alberto Toutin ssc  
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 151 - 1 de febrero 2021



**Q**ueridos hermanos:

Recibirán esta carta en la proximidad de la fiesta de la presentación del Señor en el templo de Jerusalén. Esta fiesta está asociada también con la fiesta de la vida religiosa. Una ocasión entonces para agradecer a Dios, junto con la Iglesia, por el regalo de la vocación y del servicio como religiosos y religiosas en la Congregación.

El pasaje de Lucas (Lc 2, 22-39) de la presentación puede ofrecernos algunas claves de lectura para el caminar actual de nuestra vida religiosa. Les invito a concentrar la atención en Simeón y en Ana. Ambos están en actitud de ardiente espera, de la consolación de Israel, de la redención de Jerusalén. Una espera que los vincula a la vez, a las grandes promesas de Dios y al caminar de un pueblo, el de Israel, al destino de una ciudad, Jerusalén. Sin embargo, este pueblo y esta ciudad llevan en sí una vocación universal y están abiertos al tiempo de Dios y al cumplimiento de sus promesas de justicia, de paz, a través de la venida del ungido, del Cristo de Dios, para todos los pueblos. Ambos alimentan su esperanza en la piedad vivida junto al pueblo de Dios que peregrina al Templo de Jerusalén. Una vez más el templo se extiende en los pasos del pueblo de Dios que peregrina en la historia.

## **Ardiente espera de las promesas**

Además, el texto nos da ciertas características de quiénes son Simeón y Ana y del modo cómo se declina en cada uno la ardiente espera de las promesas de Dios para su Pueblo. Simeón es un hombre justo y piadoso, observante de las prescripciones de la Ley de Dios y familiarizado

con el Espíritu de Dios, con sus mociones y llamadas, disponible para dejarse guiar por él. Ana, por su parte, aparece como una mujer anciana, que vivió siete años con su marido y luego enviudó. El vacío dejado por la muerte de su marido y el luto no la encierran en sí misma, al contrario. Con el pasar de los años, ella se hace disponible a Dios y a sus tiempos. Como profetisa, busca sintonizar con los siempre inéditos caminos de Dios, poniéndose a su servicio en el templo y aprontándose a su encuentro, mediante ayunos y oraciones. Como si sus oraciones y ayunos marcaran en su propio cuerpo la espera del que es más grande que el templo y que no abandona a su pueblo.

Por otra parte, Simeón y Ana habitan desde dentro las prácticas y los ritos que dan la identidad al pueblo de Israel, y al mismo tiempo, cultivan la apertura a lo inédito e imprevisible de Dios, que va más allá de sus fronteras. Así Simeón viendo llegar a estos padres que, observando la Ley, presentan a su hijo al Señor, entonces reconoce en este niño, el cumplimiento de las promesas de Dios, la consolación para Israel y la luz para todas las naciones. Para que reconozcan en este niño al ungido de Dios, el cumplimiento de sus promesas Dios entra en los tiempos largos de los aprendizajes humanos. Esos aprendizajes que van madurando secretamente en el corazón como el de Simeón y que están al acecho de las señales que Dios da, y cuando son reconocidas, entonces la vida, sus misterios, sus contradicciones y la larga espera, alcanzan su sentido. Y están también esos aprendizajes que se hacen a través de las caídas, los tropiezos e incluso el dolor que no se olvidan. Es lo que le revela Simeón a María: Israel conocerá los caminos que Dios ha preparado para su pueblo, cuando éste atraviese sus propias contradicciones y se levante de sus tropiezos. María misma no terminará de conocer a su Hijo, sino cuando ella participe en ese otro parto, al ver morir a su Hijo en la cruz, y al acoger a los que crean en él, en su amor entregado hasta el extremo.

Ana por su parte, alaba la acción de Dios en favor de su pueblo, viendo a este niño. El vacío de su viudez, sus ayunos y oraciones cobran su sentido en el instante en lo encuentra. En él se está realizando ya la redención de Israel. Sus ojos intuyen en la fe, lo que Dios hará de este niño, sus promesas se van cumpliendo ya en los pasos, gemidos, crecimientos, aprendizajes de este niño.

Dios no deja de sorprendernos en el modo de cumplir sus promesas. Este niño fue confiado a los cuidados de sus padres y al reconocimiento en la fe, de Simeón y Ana.

### **Hijos de la esperanza en Dios**

Los tiempos inciertos que vivimos por la pandemia y sus consecuencias muchas veces dramáticas, nos están llamándonos como religiosos y religiosas a ser hijos de la esperanza en Dios que no abandona a su Pueblo. Como Simeón y Ana, necesitaríamos sintonizar más con las grandes promesas de Dios, la paz y la justicia para todas las naciones, haciendo nuestros también los anhelos de una vida digna para todos que atraviesan a nuestro mundo. Nuestra fe en Jesús, ¿no tendría que hacernos permanecer vigilantes y atentos a los signos de la presencia consoladora de Dios, y dispuestos a cuidar sus manifestaciones y acompañar sus realizaciones, muchas veces frágiles y pequeñas como el niño Jesús presentado en el Templo? El verdadero "*nunc dimittis*" de la vida religiosa es el que surgirá cuando también nuestros ojos vean la salvación que Dios sigue preparando en medio de nuestras caídas y levantadas y de los dolores que pueden atravesar nuestra alma y la de tantos hermanos y hermanas.

En este sentido es conmovedor ver la manera en que nuestros fundadores estaban atentos a la acción de Dios en cada hermano y hermana de la Congregación. A pesar la timidez y pusilanimidad de las que se reprochaba el Buen Padre, su constante preocupación por la salud frágil de algunos hermanos y hermanas, mira con ternura los progresos de la familia religiosa en los tres años que ya han transcurrido desde los primeros compromisos de sus miembros (20 de octubre de 1800, fiesta de san Caprasio). Agradece las dificultades por las cuales el Señor les ha hecho partícipes de su cáliz. De modo especial, agradece que Dios haya confiado el cuidado de esta familia que es la obra de Dios, a la Buena Madre -la *Pequeña Paz*- junto con él: "Es verdad que la Pequeña Paz lleva la luz y yo no hago más que tener el candelabro" (Carta a Sor Gabriel de la Barre, 20 de octubre de 1803). Caminando juntos se disponen ambos a que Dios haga su obra en ellos, haciendo de la Buena Madre, signo de la Paz de Dios, transformando la timidez del Buen Padre en solicitud y cuidado de los hermanos y hermanas. Con esta certeza, el Buen Padre renueva entonces su voto más esencial de acompañar la acción de Dios en los hermanos y hermanas, disponiéndolos a aventurarse con confianza por sus caminos y a asumir con serenidad sus plazos: "Sin embargo, renuevo hoy día mis resoluciones de llevaros a todos en adelante, por mi ejemplo, a toda clase de sacrificios que podrán dar gloria a nuestro Buen Maestro" (Carta a Sor Gabriel de la Barre, 20 de octubre de 1803).

Que el Señor Jesús en esta fiesta de la presentación haga de todos nosotros hijos e hijas de las promesas de Dios y nos renueve en el voto más esencial de cuidar su acción en cada hombre y en cada mujer, nuestros hermanos y hermanas, en su Iglesia y en la creación.

Fraternalmente,

**Alberto Toutin ssc**  
*Superior General*